

CRONICA INTERNACIONAL

EL RHIN.

Seis ejércitos se batan para envolver el Rhin: el de Delattre de Tassigny, el de Patch, el de Patton, el de Hodges, el de Simpson y el de Dempsey. Delattre, dueño de Belfort, ha entrado en Mulhouse, y avanza hacia el Rhin entre Basilea y Breisach. Mantiene además su empuje hacia el Norte sobre el eje de la carretera de Colmar, y ayuda así a las unidades de Patch. Estas han abierto una hendidura en los Vosgos, cerca de Münster, en la Westfalia, que Bonaparte erigió en reino para su hermano Jerónimo. Confían en abrirse paso en la llanura del Rhin, frente a la Selva Negra, que yergue con sus montañas bastiones naturales. El general Patton ha consolidado la conquista de Metz, y redobla sus ataques a los territorios del Sarre. Pronto tomará en la cucuca hullera Sarrebruck, que es provincia del Rhin, y Sarrelouis, donde nació el mariscal Ney, a quien sonreía la gloria como a pocos, y que luego de ser duque de Elchingen y príncipe de la Moskova fué fusilado. A la hora en que escribimos la radio anuncia que los franceses de Leclerc, del séptimo ejército norteamericano, acaban de entrar en Estrasburgo. Está la que fué capital de Alsacia sobre el Ill y sobre otro río en el que nadie se ha bañado dos veces. Pero si Estrasburgo tiene baluartes y le ha pedido una ciudadela a Vauban, es para defender el Rhin, que es uno de los ríos de la civilización de Europa. Un poeta francés, Víctor Hugo, ha dejado un elogio que en Maguncia, en Coblenza o en Colonia gusta aún. Sabía Hugo

dar y quitar regimiento, y las ciudades españolas han recibido lotes que lo recuerdan. Así:

Alicante aux clochers mêle les minarets,

mientras Medina del Campo:

n'a rien que ses sycomores.

Pero...

*Le poisson qui rouvrit l'œil mort de vieux Tobie
se joue au fond du golfe àù dort Fonterabie.*

Al Rhin Víctor Hugo le saluda más patriarcalmente:

«El Rhin es rápido como el Ródano, ancho como el Loire, encajonado como el Mosa, tortuoso como el Sena, límpido y verde como el Somme, histórico como el Tíber, real como el Danubio, misterioso como el Nilo, recamado de oro como un río de América, cubierto de fábulas y de fantasmas como un río de Asia.»

Veintiséis años antes que las fuerzas de Leclerc, en 1918, entraron otras de Francia, y Clemenceau y Foch con ellas, en Estrasburgo. Foch en sus *Principios de la guerra* había enseñado: «Una batalla ganada es una batalla en la cual no se quiere confesarse vencido.» Clemenceau hace suya esta sentencia, aunque la grabe con su cuño, y grita en la Cámara: «El vencedor es aquel que puede un cuarto de hora después que su adversario creer que no está vencido.» Y también: «Mi política extranjera y mi política interior son una y la misma. Política extranjera: hago la guerra; política interior: hago la guerra.» En 1918, y en Estrasburgo, se leyó el elogio del Rhin de Hugo, que hoy satisface menos que el apóstrofe de un su colega: «Ha sido nuestro vuestro Rhin alemán.» «Il a tenu dans notre verre.» Los alemanes le hacían a su gran río canciones desde los días de los «minnesinger» y aun quizá de los «goliardos». Por el mejor de los «minnesinger» se tiene a aquel Walther von der Vogelwede que vivió en el castillo del «landgrave» Hermann, de Turingia, hacia 1200. Pues para

Walther no hay virtudes como las de su pueblo desde el Elba hasta el Rhin y desde el Rhin hasta Hungría, en la que no nombra al Danubio.

*Von der Elbe unz and der Rin
und her wider unzland der unger lant.*

Verá Leclerc en Estrasburgo, en la catedral, el reloj de Schwilgué, en el que cantan como en el firmamento los números de oro. Quien hizo ese reloj no es menos que el que hizo la primera fragata o el primer órgano. Un reloj como ése es una obra maestra y, por tanto, alegría para siempre. Cuenta por igual las horas de ventura que las horas en que el choque de armas tiñe al Rhin de sangre. También el río cede a humores varios, y es si un día balsa, al otro torrente. En Basilea, joven aún, es como Sigfrido en el bosque o en la forja, y no ha hecho más que mostrar su júbilo sobre montes y rocas. Ya en Alsacia y más al Norte se asociará muchas veces con vigor hercúleo a estampidos y a toques de rebato. Reune Schwilgué en su obra un calendario perpetuo con las fiestas móviles y un planetario según el sistema de Copérnico, con presentación de las revoluciones medias trópicas de cada uno de los planetas visibles a simple vista, las fases de la luna, los eclipses, el tiempo aparente y el tiempo sideral, una esfera celeste con la precesión de los equinoccios y las ecuaciones solares y lunares.

A nadie divierte ese reloj más que al que lo contempla entre dos batallas, como Leclerc. Este jefe compartirá seguramente con Luxemburgo la gratitud a la gloria militar y a la ciencia. En una de sus iglesias hay un monumento al mariscal de Sajonia, pero también otros menores a sabios de la Universidad, como Schoepfin, Koch y Oberlin. Más que en estas antigüedades pensará Leclerc en la riqueza que va nutriendo o va creando el Rhin entre Maunheim y Dusseldorf. Cerca de Colonia y a los dos lados del río está Duisburgo Rhurot, que es uno de los mayores puertos industriales de Europa. Leemos que las cien mil barcazas con los remolcadores, que acudían al puerto anualmente representan quince millones de transporte fluvial, que equivalen a unos cuarenta

trenes por hora. Con este tráfico prosperó casi fabulosamente la cuenca del Ruhr, sobre la que ahora caen miles y miles de toneladas de bombas. El Ruhr, con todo, es riqueza de la que el Rhin va nutriendo y va creando en la vieja Alemania.

Durísima es la batalla que se está riñendo entre el sur de Nimega y el este de Aquisgrán. Los alemanes siguen lanzando a la contienda divisiones blindadas y granaderos del pueblo. Eisenhower espera que los seis ejércitos: el de Delattres, el de Patton, el de Patch, el de Hodges, el de Simpson y el de Dempsey, tomen pronto en los 700 kilómetros de la ofensiva de Occidente tierras del Rhin. Este río va a revivir no sus horas de Sigfrido en el bosque y en la forja, sino las horas hercúleas. ¿A revivirlas y a recomenzar porque el destino manda? No es que el destino mande, sino que la suerte está echada...

Algo así se escribió en 1918. Un año después, cincuenta y dos Comisiones técnicas, con los especialistas más versados de cada país, elaboraban en 1.646 sesiones un Tratado que en 145 más, fué visto por el Consejo de los Cuatro, y antes por el de los ministros de Negocios Extranjeros. Después de estas 1.791 sesiones hubo 250 más de los técnicos, y al fin, en junio, veintisiete Estados coligados y Alemania firmaban el «Traité» en la Galería de Espejos de Versalles, allí donde en 1871 se proclamó el Imperio alemán. Al Tratado de Versalles siguieron, en 1919, el de Saint Germain y el de Neuilly, y en 1920, el de Trianón y el de Sevres.

*A grandes voces decían:
la victoria ya es cobrada.*

¡Ah!, el de Versalles permitía a Norteamérica y a los aliados la ocupación, en plazos, de cabezas de puente y de zonas del Rhin. Fueron ocupados sectores de Rhenania por fuerzas de Norteamérica, Bélgica, el Reino Unido y Francia. Cuando el Senado norteamericano repudió las propuestas de Wilson, la gran república quiso retirar sus hombres del Rhin. No tardaron la Gran Bretaña y Bélgica en evacuar también sus sectores, y quien quedó fué Francia. En enero de 1923 Francia, con la ayuda de Bélgica, ocupó la cuenca del Ruhr

para resarcirse en las minas del dinero equivalente de las reparaciones no satisfechas por los alemanes. Representaba el Ruhr entonces el 85 por 100 del carbón alemán, el 80 de su hierro y acero y el 70 de su tráfico total de minerales. Fué creada la «Micum» (Mission Interallié de Controle des Usines des Mines) para administrar la riqueza del subsuelo. Pero Alemania resistió pasivamente, y la «Micum» no consiguió resarcirse sino en proporciones precarias. Piensan los más que el último utopista es siempre inglés, aunque no redacte como el otro su boletín de victoria sobre las tinieblas. Fué, sin embargo, de este lado del Canal el que soñó con un Estado independiente en el Rhin y con otro menor en el Palatinado. En Inglaterra este sueño de una noche de verano divertía poco. Hubo en Alemania, por otra parte, políticos que se hacían oír en Wáshington y también en Londres. Todos sabemos lo que sucedió con el plan Dawes, con el plan Young, con la moratoria de Hoover, con las conversaciones de Stresseman y de Briand en París y con los pactos de Locarno. En 1925 los franceses abandonaban el Ruhr, y en 1930, cinco años antes de la fecha prevista en aquel Tratado de Versalles de 440 artículos, evacuaron las zonas del Rhin.

Pero ¿y ahora? Lo veremos: más acertó para siempre el que enseñaba que lo que satisface a los hombres no es el triunfo de los superiores, sino la lucha entre los iguales.

ROOSEVELT.

Como a Wilkie en 1940 o a Landon en 1936, vence Roosevelt a Dewey en 1944. Va a regir el Presidente a su pueblo durante dieciséis largos años. A los gobernantes y a los consejeros de reyes se les atribuía un tiempo la virtud de atraer, de reconciliar y de construir. De alguno que regía casi Europa se llegó hasta escribir que haría la unidad en sí mismo, la unidad en su nación y la unidad en el género humano. Lo que era hipérbole ayer, es hipérbole aún, pero logra, pese a todo, asentimientos en que la fe palpita. Demasiadas voces nos han traído estos años la depresión o el descorazonamiento, y si alguna de pronto nos devuelve la esperanza, es bien

recibida. Creemos que la voz de Roosevelt ha reanimado a Norteamérica más que la de los Presidentes que se transmiten el Poder desde 1876: Hayes, Garfield, Arthur, Grover Cleveland, Harrison, Cleveland nuevamente, Guillermo Mackinley, reelegido, pero muerto por un anarquista en el Palacio de la Música de la Exposición de Búffalo; Roosevelt (Teodoro), tío del actual; Taft, Woodrow Wilson, dos veces de 1912 a 1920; Harding, Coolidge, Herbert Hoover... Coolidge, por fallecimiento de Harding, asume la primera magistratura que sus compatriotas le reconfiere en las elecciones de 1924. Este retorno del sucesor de Harding a la Casa Blanca era invaticinable. En 1924, como cien años antes y cien después, se anuncian los eclipses o las mareas, pero no las fortunas o los reveses del hombre. El futuro, como los tapices de alto lizo, se teje por el revés. Es así como se teje esa reelección de Coolidge, que ven los más como una facecía de la vida pública. El Señor pone variedad en sus criaturas y variedad en los episodios con que puebla los Estados Unidos. Coolidge no se llama por exigencias de un orden, que es también un misterio, ni Jefferson, ni Monroe, ni Lincoln; pero no es el apellido el que nos salva o nos condena en el juicio final de la historia. Vale para el puritano de Pensilvania o del Illinois, igual que para el griego, la sentencia según la cual el porvenir es un niño que duerme en la rodilla de los dioses. Es difícil también augurar el mañana cuando Franklin Delano Roosevelt sucede a Hoover. Estamos en 1932, y es en 1929 cuando han sobrevenido los Cracs en Norteamérica. Todo un sistema recruje en bancarrotas que han cuarteado la solidez que imprime carácter a la América del Norte. En los anales de esta nación la virtud es el cimiento y la argamasa de la grandeza a que se propende desde los días de la Declaración de los Derechos Coloniales. Roosevelt ha sido en 1929 de los primeros en dolerse de que los agiotistas olviden las obligaciones de la sangre. Este es ya el idioma de un hombre de honor, que ha jurado servir a su patria con la entereza de los fundadores. No se olvide que Franklin, para arrebatarle al cielo el rayo y a la tiranía el cetro, necesitó ante todo ser un antiguo. Nada importa que la imprenta no se funde en Maryland hasta 1726, en Virginia hasta 1729 y en la Carolina

del Sur hasta 1730. Franklin nace en 1786, cuando el primer periódico de Nueva York tiene algo más de medio siglo. No es en periódicos donde el fundador aprende a conducirse o a inmolarsé al deber. Ha meditado las lecciones del Derecho y de la Filosofía y ha ido a Francia más que por la ciencia por la dignidad de los suyos.

Es la rectitud de los fundadores la que Roosevelt recuerda al vituperar la especulación del dinero. La riqueza es vínculo social y se prohíbe el frenesí del alza y de la baja en los valores. Se comportan mejor los que heredando cenizas legán llamas que los que heredando llamas legán cenizas, pero es si la probidad no sufre. En el mundo del dinero hay preza y hez; pero la preza afina las generaciones y crea el patriciado, que en Norteamérica actúa ejemplarmente. La actitud de Roosevelt ante el estrépito bursátil en los días de Hoover es la del patricio a quien el culto de los antepasados mueve. No olvida, eso no, lo que su patria debe a la era de la alta finanza, que va de fines del siglo XIX a 1915 más o menos. De fecha anterior datan los «trusts» que concentran productos o transportes. La «Union Stock-Gards», para la industria del cerdo, nace en 1865 en Chicago; la «Standard Oil», para el petróleo, en 1882 en Nueva Jersey; la «Steel Corporation», para el acero, en 1901 en Claveland. Trescientos veinte «trusts» en 1900 agrupan cinco mil trescientas Casas que descan crecer y multiplicarse. Hemos seguido este auge a través de novelistas americanos, como Upton Sinclair, el de *La Yungla*, o Jack London, el de *El bastón de hierro*. Narran bien estos escritores, aunque digan apenas que hay fortunas al servicio del bien público. Salen de los «trusts» capitalistas que dotan hospitales, laboratorios, centros de investigación, y alguno, como Carnegie, que ha fundado el «trust» del acero, erige un Instituto que se propone «abolir la guerra». (Finalidades menos utópicas serán las de la filantropía años más tarde.) Poco después de la guerra de Cuba otro Roosevelt (Teodoro), que ha sido coronel de «rough riders», sube a la Presidencia. Ha combatido hace años a los aventureros del Club «Tammany Hall», y ha exaltado el «big stik», el gran «bastón» de la Policía armada. «Somos —dice— un gran pueblo y nos está reservado un gran papel. No hay sino decidir si lo desempe-

ñamos bien o mal.» Es el instante de la expansión norteamericana y de lo que llaman allí la «efficiency», el rendimiento. Ni de los Estados Unidos ni de nación alguna debe decirse que tomán su bien donde lo hallan, aunque lo tomen alguna vez. Hombres de presa y hombres de deliquio son, por razones distintas, la sal del planeta. Los Estados Unidos se apoyan para su prosperidad no tan sólo en las Antillas de la vieja España hasta que el Senado vote la Enmienda Platt, sino en las danesas, pues que compran en 1916 las Islas Vírgenes (el puerto de Santo Tomás domina la entrada del Atlántico); se apoyan en Haití y en Santo Domingo, en Nicaragua, en Panamá y en Honduras. El Pacífico, se escribe en 1903, debe ser un Mediterráneo de Norteamérica, y las islas Hawaii, las Filipinas, Guam y Samoa con la rada de Tuitila, dan fe. André Siegfried es autor de una frase que, pese a todo, es un diti-rambo que lisonjea a los aludidos. «Vacía el Asia Oriental de su seda bruta, las Indias Orientales de su caucho, Cuba de su azúcar y Canadá de su pasta de papel. Reclama su parte en la lana australiana, en las pieles y en las aráquidas chinas, en el café brasileño, en el cobre y en los nitratos de Chile, en el petróleo y en los minerales de Méjico.» Nunca ^{sin} la avidez a que aquí se alude hubo nación de grandes destinos. ¿Es que la nuestra en sus mediodías de oro cupo en sí y es que ahora mismo cabe? Áulicamente quizá, pero sin quitarse la armadura, le decía Artieda al rey Felipe:

*De las Malucas manda el Nuevo Mundo;
volviendo para el Norte, es suyo Flandes;
junto al Estrecho de Hércules, España,
y de ahí lo que el Mar Tirreno baña.*

En el Amazonas o en el Yucatán, en el Cuzco o en el golfo de Méjico, hacia el Dorado o en Manila, va con la sed de oro de los conquistadores una sed de unidad para el planeta.

De la «efficiency», el rendimiento, hablaba reiteradamente el primer Roosevelt, sucesor a los cuarenta y tres años de Mackinley. «Con bases en el mar —repetía—, istmos y canales fáciles, comunicaremos la industria del Atlántico y el

mercado de exportación del Extremo Oriente.» Y también: «Que la austeridad preceda a la energía y la guía.» Austero es también en sus campañas contra el dinero que no sirve a la nación el segundo Roosevelt. Trac el estadista ya disuelto en la sangre el saber patricial de sus antecesores. Quien conozca Nueva York sabe que entre los grandes nombres de la Quinta Avenida, los Morgan, los Astor, los Sturgis, los Stoyvesant, los Otis, los Ronselaer, los Appeton, los Vanderbilt, los Wetmore, los Griswold, está el de Roosevelt. Se debe, pues, este político al abolengo tanto como a la doctrina de la que, según él mismo confesaba, es un poco predicador. La democracia, más que doctrina, es ciertamente una norma de convivencia, una disposición del ánimo. Es también un procedimiento y hasta si se quiere un requisito legal. Para Roosevelt es, además, un sistema, aunque no ligue coherentemente principios que el consenso universal acata. Predicadores eran los que en Francia antes que en los Estados Unidos aconsejaron: «Seas del país, del orden o de la profesión que seas, cree en lo que es verdadero y en lo que creerías si fueses de otro país, de otro orden, de otra profesión.» Esta es regla que la moral, que es una, aunque no siempre, admite; pero la política, que es diversa, no. La democracia para Roosevelt es liberalidad, o, como se dijo aquí por un jefe conservador, amplitud y derecho de gentes. Para Churchill es, con variantes, eso también, aunque la guerra lo haya endurecido todo. Pero ¿y para Stalin? ¿Se avendrá la democracia a que los neutrales opinen en la Conferencia de la Paz, si es que se le concede asiento? Acaso sí; y en cuanto a nosotros, estamos hechos a compartir la amplitud y la liberalidad de otras naciones.

La intervención de los Estados Unidos en la guerra les otorga una hegemonía a la que ayuda, como alguno advierte, ese «liberalismo» que cabalga los «jeeps» y se lanza en paracaídas. Con centenares de barcos y de fortalezas volantes multiplican la invención y el ímpetu de la contienda. Son el arsenal que no se agota y el río de oro que se hace torrente... Pero la democracia en que se conjugan, para Roosevelt, idealismo y realismo, nutre a su modo el empuje industrial. Junto a la «Ley de Préstamo y Arriendo» puede ser citada «La carta

«del Atlántico». Roosevelt ha logrado que la intervención de su pueblo en la guerra cambie la fisonomía del mundo hasta en los antípodas de Washington. El mañana de la paz es incalculable hasta para el mismo Presidente que regirá a su patria dieciséis largos años. Ninguno antes que él alcanzó esa fortuna que debemos meditar en las dos mitades del globo.

En el discurso de Churchill en el almuerzo ofrecido en la Mansión House por el lord mayor de Londres había esta observación: «Me ha impresionado la manera deportiva con que el gobernador Dewey en el momento de la derrota felicitó a su adversario, no sin exhortar a su partido a que trabaje por la causa mundial.» Continuidad, culto de los antecesores, aliento ante el futuro: éstas son las virtudes esenciales de Franklin Delano Roosevelt.

LA VISITA A PARÍS Y LA AMISTAD FRANCOINGLESA.

El autor de este discurso: «La Gran Bretaña y Europa», lo es también de cinco libros que tratan del «Coronel Bramble», de «Eduardo VII y su tiempo», de «Disraëli», de «Shelley» y de «Lord Byron». Es un francés que ha sondado con fortuna el alma inglesa, y es en Londres sobre todo donde lo dicen. Si no, vidas paralelas, ha estudiado en el Reino Unido, caracteres, con lealtad y con un dejo de malicia que se recibe allí como «fair play».

En este discurso se consideran tres elementos en el hijo de la Gran Bretaña: el clima, la insularidad y los dos orígenes. Aclaremos el tercer carácter, que es quizá más genuino que los otros dos. Inglaterra es provincia céltica reconfigurada en troques de Roma y se liga por su abolengo sajón a la cultura del otro lado del Rhin. El orden normando unifica estas dos ascendencias, sin que las refunda ni siquiera las amalgame. Sobre ambas está la ley que ya en el siglo XIII obliga por igual a todos. Acatan los reyes en la Inglaterra del viejo tiempo la ley como quizá no se ha acatado nunca. Nadie allí, como en los ritos de otros países, la lleva a la boca y al corazón, mientras susurra para sí: «se obedece, pero no se cumple». Un jurisconsulto de hace seiscientos

años alecciona a los ingleses con un aforismo que reza así: «La naturaleza de los Gobiernos no es entre nosotros real, sino legal.» Las formalidades del Derecho escrito no ceden el paso ni al ceremonial que es en la corte un reloj de príncipes. Del idioma, cuando contrae madurez, suele decirse que anda ya en la curia como en el aula y en el estrado real. Antes que al idioma que se va curtiendo ha convenido esta expresión a la ley desde que Inglaterra es un Estado. Este culto a la legalidad ha dado origen a hechos que narramos hoy como si fuesen anécdotas. Narraremos uno que en la alocución de que partimos se contaba al auditorio de un Instituto de Ciencias Políticas. Premeditó Enrique VIII borrar del calendario a Santo Tomás Cantuariense, muerto hacía siglos. Ordenó a sus jueces que le procesaran por usurpación del título de santo, y Tomás, gran canciller de Inglaterra, además de arzobispo de Cantobery, fué citado a comparecer ante los Tribunales. Iba el difunto a ser condenado en rebeldía, pero la Corona mantiene una humildad genuflexa ante las leyes. Y fué el mismo rey el que le pagó a Santo Tomás el abogado que supo con su defensa desarmar a los jueces.

Otra preocupación ha durado más en la Gran Bretaña, y es la de mantener el equilibrio en el continente. Se recordaba en el discurso que comentamos que Inglaterra tenía un millón de habitantes durante la conquista normanda, cinco en 1750, nueve en 1800, veintiuno en 1850 y cuarenta y dos en 1920. O sea, que ha sido a lo largo de las centurias un pequeño país, aunque nadie lo recuerde. Pero en el siglo xvi cumple una gran misión, pues que asegura la «balanza del poder» en el continente. En este siglo y en los que le siguen ha sido adversaria de la nación que prepondera en Europa. Claramente lo advertirá quien recapitule su diálogo con Francia entre 1800 y 1910. He aquí una de las concesiones del francés en el Instituto de Ciencias Políticas:

«A partir de 1875 la Gran Bretaña empezó a inquietarse ante el poderío alemán. Intervino para impedir que Bismarck aplastase de nuevo a Francia. Pero el canciller alemán tuvo el acierto de darnos Túnez y de hacernos concebir esperanzas sobre Egipto. Durante veinticinco años los dos países fueron rivales en Africa: «este continente inventado —decía

Salisbury— por la Providencia para desazonar al Foreign Office». De este conflicto africano entre las dos naciones, el punto culminante es Fachoda. A partir de entonces nuestras relaciones mejoran. Nos allanamos nosotros a renunciar a Egipto, e Inglaterra reconoce nuestros derechos sobre Marruecos. Las causas del desacuerdo se han extinguido, y gracias a la cordura de Delcassé se consuma en 1903 la *entente cordiale*.» Sí, y se restablece la «balanza del poder» a costa del predominio alemán.

Acuden a la memoria estos antecedentes con ocasión de la visita de Churchill y de Eden a París el 10 de octubre, fecha conmemorativa del armisticio. El primer ministro y el de Negocios Extranjeros cambiaron pareceres con sus colegas de Francia, y hoy renace el deseo de la «entente» que Delcassé logró hace cuarenta y un años. Aludió De Gaulle en su discurso de bienvenida a aquel vaticinio del Führer según el cual su sistema duraría mil años. «Dure lo que dure —añadió el general— ese régimen, yo sé que ni aun dentro de mil años se habrá nuestra nación dado cuenta de lo que el pueblo inglés ha sufrido.» Dura como con los ingleses ha sido la adversidad con las familias más nobles de Europa. Los mejores hijos de Francia, aun los que no se entienden entre sí, hacen suyo para imprecicar o para orar el verso de la profecía:

¿Mais d'où vient que mon cœur frémit d'un saint effroi?

Y no renuncian con todo ni a rearmarse ni a combatir. Eden, a su regreso de Francia, dijo en un discurso de la Cámara de los Comunes: «Oportuno como pocos ha sido el gesto de los Estados Unidos, Rusia e Inglaterra de invitar a Francia a que se sienta en la mesa del Comité Asesor Europeo. Naturalmente, la situación creada por este acuerdo ha originado debates en París. De ellos no os diré sino que han sido considerados altamente satisfactorios por los ministros franceses y por nosotros.» Disputas no faltaron en 1903 durante la visita de Eduardo VII a París, ni aun gritos como «¡Viva Marchand!» (el de Fachoda) y «¡Vivan los boers!», que el rey generosamente no oyó. Devolvieron Loubet y Delcassé la visita, y la «entente» se hizo. De abril de 1904 data el «Acuerdo gene-

ral» que dirime todos los litigios entre los dos países sobre el globo entero. Tres cláusulas lo condensan:

1.^a Francia renuncia al derecho exclusivo de pesca en la costa llamada «French Shore», de Terranova, que poseía desde 1713; recibe algunos territorios en Gambia y en Nigeria (Africa occidental), fija la frontera de Siam y comparte con Inglaterra el condominio de las Nuevas Hébridas en Oceanía.

2.^a «El Gobierno de la República declara que no obstruirá la acción de Inglaterra en Egipto», y el «Gobierno de Su Majestad británica reconoce que concierne a Francia el velar por la tranquilidad de Marruecos», como el «prestarle asistencia». En los dos países africanos está vigente la igualdad económica.

3.^a Artículos secretos dejan prever el establecimiento de un protectorado inglés sobre Egipto y de un protectorado francés sobre Marruecos; pero la zona del Rif está reservada a España.

Al conocer el «Acuerdo general del 8 de abril de 1904», Guillermo II le dijo al Zar: «Aunque Delcassé sea tan anglófilo, es bastante sensato para comprender que la flota inglesa no va a salvar París.»

No; no basta vivir para verlo todo y lo contrario de todo. Los anales de una nación sin obedecer a sistema, subordinan a normas de continuidad las mudanzas. El pasado es un espejo en el que las fisonomías del ayer, como las de hoy, antes de cambiar se agostan. Dejemos, pues, que el historiador encadene memorias de otro tiempo con las memorias del tiempo presente. Amemos en cada tema las variaciones, pero amemos en las variaciones la ley que las explica.

A la visita de Churchill a París siguieron unas declaraciones de George Bidault, que es en Francia ministro de Asuntos Exteriores. Antes de serlo era profesor en el Liceo «Louis le Grande», y antes aún articulista en *L'Aube* y en *L'Europe Nouvelle*. Parecía Bidault, por la diafanidad de su prosa y por el tono de sus predilecciones, un hombre de letras. Era, sin embargo, un político que tonificaba su mente en las cumbres de la Filosofía, del Derecho o de la Historia. La operación de optar es siempre patética, porque se ama a lo mejor lo que se

elige menos que lo que se elimina. Esta fluctuación estaba al fondo de las ideas que Bidault movía en orden de combate. La política es necesariamente dialéctica, como la historia es integración. El escritor francés —ahora ministro— no renunciaba de buen grado a doctrinas o a caracteres de vigor secular en los del otro bando. En fecha más cercana a nosotros Bidault ha dicho que la Francia de la revolución y la de las cruzadas es una e indivisible (1). El político que esta vez asocia como historiador ha sido en estos años últimos el jefe de la resistencia francesa. En él se hermanan, pues, el organizador, el soldado y el intelectual que es fiel a unos criterios no reductibles a esquemas ni a cuadros sinópticos. Piensa ese jefe que la religión católica está ligada indisolublemente al genio francés. Pío X, al reotorgar sus prerrogativas cristianas al pueblo de Juana de Arco, hizo una frase célebre: «Si lo sobrenatural vive en el mundo por todas partes, vive, sobre todo, en Francia.» Tiende Bidault a admitirlo en reflexiones que nos han llegado en una versión que es acaso insegura. Combatiente en la batalla de Francia y prisionero de los alemanes, fué libertado en 1941, para ser detenido por Laval en abril de 1942. Evadido Bidault poco después, fué el animador de la resistencia, aunque sin dejarse ver hasta el 19 de agosto de 1944, en que entraba en París. El 24 recibía la capitulación del mando alemán, y en su primera visita, que fué a un hospital, quiso librar a los heridos franceses y a los heridos a emanes. A estos últimos les dijo: «Soldados alemanes: Soy el jefe de la Resistencia Francesa. Os deseo un rápido restablecimiento y espero que os encontréis mañana en una Europa y en una Alemania libres.»

En las declaraciones después de la visita de Churchill, afirmó: «La alianza occidental puede ser militar y económica. Nada hemos de oponer a un acuerdo militar defensivo entre las naciones del Oeste de Europa y en particular entre la Gran Bretaña y nuestro país, acuerdo que abarque la seguridad, no solamente de nuestras metrópolis, sino de nuestros Imperios.»

¿Y Rusia? A Rusia van en fecha próxima De Gaulle y el

(1) Exponemos simplemente, aunque disintamos hasta donde se sabe.

ministro de Asuntos Exteriores. Stalin espera; pero de Stalin y del retorno de Thorez al seno de la Consultiva que se reúne en el Luxemburgo, no hablemos aquí. Cada figura y cada suceso reclaman su apartado.

PIERLOT, SPAAK Y LA DEVOLUCIÓN DE ARMAS EN BÉLGICA.

Hombres cuyas cabezas de sedición o de motín se yerguen como castillos quedan aún. Hemos nosotros decapitado cien, pero no todavía las últimas. Cabezas que son fortines se han alzado estos días en Bélgica contra la cordura del Presidente del Consejo. El Sena de Bruselas (la Senne), aunque pequeño, ha tuteado al Sena de París (la Seine) en las marejadas cívicas. Como el río bruselés, han visto el Escalda en Amberes, o el Mosa en Lieja, el paso de los descontentos. En 1914 osaban objeciones contra el general Sixto von Arnim, que entró en Bruselas con las tropas alemanas, o contra el gobernador Von der Goltz. El burgomaestre Adolfo Max sostenía, por cierto, a sus paisanos, y otras autoridades comunales hicieron lo mismo. Este antecedente y otros de entre 1914 y 1918 se sumaban a hechos recientes para enardecer a los grupos de la Resistencia. Al entrar los aliados en Bélgica estos grupos se mantuvieron leales a las guerrillas, en las que eran a su modo combatientes. Era la suya otra guerra que la que está diezmando al mundo por aire, tierra y mar. Para las grandes batallas de ahora sirve el idioma con que los historiadores han narrado las grandes batallas de hace siglos. Los cuatro dictados de Aquiles, que el latín eternizó: «impiger, iracundus, inexorabilis, acer», han sido hasta ayer los dictados de la caballería, y pueden ser hoy mismo los de los héroes del aire. No se han creado todavía alabanzas justas para los combatientes de la Resistencia. No las tuvo Pierlot, y si algunos belgas del «maquis» se le han desmandado, es por eso. El Presidente formó el 25 de septiembre un Gobierno en el que había tres conservadores católicos, cuatro liberales y cinco socialistas. Nombró también un ministro de Sanidad, Albert Marteaux, y otro sin cartera, Dispy, comunistas, y uno más, representante de la Resistencia, Demany. Hay que enju-

gar un déficit de ciento treinta y seis mil millones de francos originado por la ocupación alemana. O sea: hay que cubrir el séxtuple del presupuesto belga y restañar heridas que han restado mucho vigor. «En las naciones las deudas no han sido nunca infortunios», afirmó Richelieu luego de llamar a Francia la asesora de la providencia. Los infortunios, por otra parte, humillan menos que los contratiempos. Al Gobierno belga le contrarió vivamente no restablecer en seguida la regularidad en el suministro de abastos. Los elementos de la Resistencia imputaron a Pierlot fluctuaciones en el juicio y lenidad para con los culpables. Los comunistas le negaban aptitud para la acción, no sin llamar a los colaboracionistas «sus protegidos y sus mentores». Hubo algaradas, además, frente al Parlamento, y el Gobierno ordenó a los miembros de la Resistencia que entregasen sus armas. Se les permitía, eso sí, engancharse en una leva de soldados para batirse, con el Ejército regular, en los campos de batalla. El Mando Supremo de las Fuerzas Aliadas aprobó las órdenes del Gobierno, y quiso advertir: «Si se producen desórdenes, las fuerzas militares aliadas, a petición del Gobierno, ayudarán al restablecimiento de la ley y del orden.» Dimitieron los ministros comunistas y también el de la Resistencia. El Presidente se mantuvo firme, porque en este caso gobernar no iba a ser transigir, como en otros. «Esas gentes —dijo— se apoyan en formaciones armadas para intimidarnos y para cohibir al Poder. La autoridad, en este punto, ni condesciende ni vacila, aunque se crea otra cosa. Queremos reorganizar el Ejército de la nación y restablecer sus tradiciones gloriosas. Sépase que Inglaterra, como otras naciones aliadas, se avienen a ayudarnos a equipar y a armar cuarenta batallones, cuya movilización hemos dispuesto. Confío en que hasta los combatientes de la Resistencia respondan a nuestro llamamiento.» El Sr. Demany al principio estimó que la firmeza del Presidente era un reto a las milicias armadas. Pensaba a lo mejor que el hecho de gobernar no confiere ni ciencia infusa ni inmunidades de un cierto orden. El hecho de no gobernar no las confiere tampoco, y, por otra parte, Demany, en cuanto ministro objetante, gobierna y no gobierna a un tiempo. Con él y con los dos comunistas conferenció el general Erskine,

jefe del mando aliado. Les pidió que interpusieran su ascendente cerca de las formaciones armadas, para evitar disturbios. Prometieron los tres disuadir a las milicias de sus planes y comportarse como patriotas y hombres de bien. La Unión Nacional de los Grupos de Resistencia ordenaba días después a sus miembros que entregasen las armas a los jefes superiores. Obedecieron las guerrillas, y el mando militar ha inventariado las entregas. ¿Fueron cuarenta mil o fueron más las armas devueltas? No llegaron quizá a cuarenta mil; pero el Gobierno autorizó las manifestaciones no tumultuosas. Pierlot sigue estimulando la recluta regular, y el ministro de Asuntos Exteriores, Spaak, luego de conferenciar con Eden en Londres, hizo saber: «Bélgica, lo mismo que Francia, desea que se defina pronto y netamente el papel que haya de concernirle en la ocupación de Renania y del Ruhr. Los belgas desean vehementemente establecer su frontera en el Rhin.»

El culto de Bélgica a sus recuerdos militares no se enfría. Grandes soldados ha habido allí; pero además grandes soldados de Europa se batieron en territorio belga. Abundan en la nación los lugares históricos que los militares del mundo entero conocen. En el siglo xvii el mariscal de Luxemburgo derrotó al príncipe de Waldeck en Fleurus y a Guillermo III en Saint Denis, cerca de Mons, a un paso del lugar donde años antes le venciera Condé, en Steenkerque y en Nierwinde. Marlborough, en el xviii, ganó la batalla de Ramallies a Villeroy y la de Audenarde a Vendome. (Churchill, que es un Marlborough, sabe mejor que nadie cómo.)

El mariscal de Sajonia batió a Carlos de Lorena en Raucoux, cerca de Lieja; al duque de Comberland, en Fontenoy, cerca de Tournai, y en Lawfeld, no lejos de Maestrich.

Demouriez, vencedor de los austríacos en Jemmapes, se dejó derrotar al año siguiente hacia Turlemont por el príncipe de Coburgo. Bonaparte, en fin, vencedor de los prusianos en Ligny, tuvo en Bélgica su Waterloo. Pero ¿a qué seguir?... Pierlot y Spaak saben bien lo que quieren.

Pero últimamente se han recrudecido las protestas, y en una manifestación la Policía ha cargado sobre formaciones de la Resistencia, no inermes del todo todavía. De los ministros socialistas se ha asegurado que dimitirán también. Spaak

les ha prometido para aquietarlos que el ministro de Sanidad será socialista o será valón. Suceda lo que suceda, es conveniente que los descontentos no olviden esto que sigue y que cabe en diez palabras:

La dictadura es muchas veces una reacción contra el desorden.

Algunos grupos sindicales han ido a última hora a la huelga. Como Pierlot goza ya de plenos poderes, la ha cortado en seco para iniciar la réplica a los que quieren aún sedición o motín. Unos centenares, eso sí, de guerrilleros se han pasado con sus fusiles a Francia. Quien ahora cierre los ojos para ver más claro, los tendrá que abrir sin remedio.

POLONIA Y SU ÚLTIMO PLEITO.

El Comité de Liberación de Lublín se aviene a escuchar, pero no a oír al Gobierno polaco de Londres. ¿Para quién va a ser el mando en Polonia, para Mikolajczyk o para Kwapiński? El mando para el uno o para el otro, pero las tierras del Este para Rusia. Se atienen los de Lublín a la Constitución de 1921, y los desterrados de Londres a la de 1935. El Estado de Polonia que Versalles restaura en 1919, tiene treinta y dos millones de habitantes, de los que veinte son polacos. Plebiscitos varios dejan a Alemania zonas fronterizas de la Prusia oriental y la mitad de la alta Silesia minera (1920-1921). El ejército polaco ocupa Vilna en Lituania como si renaciera a destinos gozosos. Pero fuerzas bolcheviques ya invaden Polonia, aunque son vencidas. El Tratado de Riga (1921) le da a Polonia una parte de la Rusia blanca y de Ucrania (Galitzia oriental con Luvow y cuatro millones de rutenios), y esa Constitución de 1921, que los de Lublín invocan estos días, concede el «Poder soberano a Polonia». El órgano legislativo es la Asamblea Nacional y el ejecutivo el Presidente de la República que la Asamblea elige. Los dos Poderes luchan entre sí, y los conservadores, que son propietarios además de herederos, apoyan la Dieta. La dicha de vivir les atrae más que la Declaración de los Derechos del Hombre, y si se engañan es al modo de sus antepasados. Algunos dicen como:

el Evangelio: «Si hasta la sal se torna desabrida, ¿con qué la sazonzaremos ya?» Pero el mundo es vario, y hay un Pilsudski que es hijo de sus obras y ellas le ilustran la sangre. Estuvo desterrado en Siberia y habitó como preso la ciudadela de Varsovia. Creó un ejército polaco e hizo juntamente con los austríacos la guerra a los rusos. Sospechoso a los alemanes, fué recluído en la fortaleza de Magdeburgo, y libertado después por la revolución. En 1919 era elegido jefe de Estado polaco, y tras de combatir de nuevo contra los moscovitas, resignaba en 1922 sus poderes. Pero es éste el año en que se asesina al primer Presidente de la República, no elegido con asentimiento de una Asamblea que está cercenando la reforma agraria. Una huelga de ferroviarios aísla Varsovia, y Pilsudski, al frente del Ejército (1926), derriba al Gobierno. El mariscal se niega a ser Presidente, pero inviste con la primera magistratura a un profesor de Química (siete años antes ha sido Presidente del Consejo el pianista Ignacio Paderewski). La Constitución de 1921, que los de Lublín no han olvidado, no es la Caja de Pandora; pero el odre de los vientos, sí.

En 1939, alemanes y rusos ocupan el territorio de Polonia, que el Tratado de Versalles ensanchó. Hubo un tiempo ciertamente en que esta nación respiraba grandeza desde el Negro al Báltico y desde Prusia a Moscovia. Al extinguirse la casta de los Jagellon, que sabían ser reyes, como después bajo los Wasa, Polonia entró en su cuarto menguante. Con Sobieski cambió la suerte del Estado, pero no del todo, ni por el tiempo que la historia cuenta. El Señor en ocasiones da a los que quiere perder talento, pero no el suficiente. En septiembre de 1929 se delimitan los territorios de Polonia así:

Territorio de intereses alemanes: 138.152 kilómetros cuadrados, con 20.178.200 habitantes. Partes de él son reincorporadas a Alemania, como Reichsgau de Dantzig, Prusia occidental, Reichsgau del País del Warthe y Regencias de Zichenau y de Kattowitz (Silesia). Algunas zonas más pequeñas de territorio al Sur son restituidas a Eslovaquia por el tratado germanoeslovaco de noviembre de 1939.

Territorio de intereses soviéticos: 201.285 kilómetros cuadrados, con 11.965.400 habitantes. Es adscrito a los Estados miembros de Ucrania y de la Rusia blanca, salvo Vilna.

(6.656 kilómetros cuadrados, con 457.500 habitantes), devuelto a Lituania.

Dando ahora, a fines de 1944, por nación victoriosa a la ocupada en 1929, es justo que no se allane a que la mitad de su territorio quede en manos de Rusia. Le ofrecen los Soviets como compensación a Polonia una línea de frontera a lo largo del Oder en el Oeste. Las tierras que se le prometen están habitadas ahora por cerca de siete millones de alemanes. Polonia ha asentado siempre su economía en los sistemas fluviales del Vístula y del Niemen. Se le quita de pronto el Niemen y se le da un río alemán como el Oder, que nace en el macizo de los Sudetes, atraviesa la Silesia y pasa por Breslau, Francfort y Stettin, para verterse en el Báltico. «No oponemos —le han informado a Mikolajczyk en su viaje a Moscú—, no oponemos una definición de la familia eslava a otra definición que venga de Varsovia. Al retener tierras que Polonia tenía al Este, deseamos tan sólo que coincidan las fronteras políticas con las fronteras étnicas.»

«Nuestro retorno, pues, a Polonia —comenta Mikolajczyk— es un retorno imaginario.» La frase parece de uno de los polacos que espera la resurrección en Cracovia junto a las tumbas reales y a las de cuatro más: Sobieski, Poniatowski, Kotziusko y Copérnico; parece de Mickiewicz. Veamos por qué: «Este Mickiewicz —hemos dicho nosotros— es el desterrado de sus propios lares y el hombre que en su tiempo segrega más nostalgia de paraíso perdido.» Su tiempo es el de los grandes poetas románticos de las pequeñas nacionalidades. De Hungría sale Pettófi, que muere por la libertad de su patria en la batalla de Segeavar; de Dinamarca, Ehienschlaeger, que en su ciclo de *Los dioses del Norte* bebe en los hontanares prístinos de la leyenda y hace rebrotar en su idioma los mitos de las sagas; de la Suecia en que contienden fosforitos y góticos, y en que los poetas como Stagnelius o como Vitalis no pasan de los treinta años el Tagner de la Saga de *Frithicf*, o el Geijer de *El último Escalda* o de *El Vikingo*; de Rumania, Alexandriesky; de Bohemia, Macha, y del Norte de Italia, los patriotas del «Risorgimento». Para algunos románticos el paraíso perdido está no se sabe dónde, fuera del mundo; para Mickiewicz está en Polonia, pero ve-

dado para él por la ley que se lo cierra como otra espada bíblica. El tributo del poeta a su tierra y a sus muertos palpita violentamente en *Los Antepasados* y calma algunas horas de ansiedad de su *Conrado Hallenmod* y en otros libros que son retornos imaginarios a Polonia, entre los cuales *Pan Te-deucz* es el mejor y la obra maestra de Mickiewicz, pues sin dejar de ser una novela de costumbres en verso, es la epopeya nacional de Polonia, y en cierto modo la única epopeya nacional de los tiempos modernos.

Imaginario, más aún que el que presiente Mikolajczyk, era el retorno para el gran patriota que hace un siglo cumplía los cuarenta y seis años y que no volvía a su tierra. Conoció Mickiewicz en París la suerte adversa mucho más que la próspera, aunque diese, gracias a Coussin, cursos en el Colegio de Francia, que un buen día se los prohibió. Anduvo por Italia levantando legiones polacas, y de vuelta a París años después, Luis Napoleón le hizo bibliotecario de la Biblioteca del Arsenal. Tres años más tarde, muerta su esposa, Celina Szymanowska, partió a Turquía como legado del Gobierno de Francia para hacer levadas de polacos y levantar legiones de voluntarios. La guerra de Oriente era dura, y el viajero, no muy aguerrido en estas bregas, se resignó a morir en Constantinopla. París reclamó el cadáver, al que dió morada en el cementerio de Montmorency. Hasta 1890 no fué trasladado a Cracovia, donde le han sorprendido —si es que en la suerte de Polonia hay algo que pueda sorprender— la actitud de Rusia ante el alzamiento reciente de los hombres de Bor Komorowski en la capital de la República. Dirá lo mismo que Mikolajczyk: que si Rusia se queda con media Polonia, todo retorno a los lares del viejo Vístula o del Niemen es imaginario.

Arguyen en Polonia que un país no puede ser ni alargado ni acortado hacia Oriente o hacia Occidente. Ni Vilna puede ser tampoco trasplantada a Stetin ni Lwow a Breslau. Un país es vida de generaciones durante siglos en la misma tierra regada, que infunde su sabor no ya a las canciones populares, sino a la fuerza creadora del pensamiento. Podrán Mikolajczyk y el Gobierno expatriado en Londres entenderse en lo accidental con Stalin; pero si Rusia ocupa media Polonia, entenderse o no entenderse, ¿qué más da? Por eso cuando se

pregunta: ¿para quién va a ser el mando de Polonia, para Mikolajczyk o para Kwapinski?, respondemos: «El mando, para el uno o para el otro; pero las tierras del Este, para Rusia.»

El mando, al fin, ha sido para Arciszewki, representante de la Resistencia, como su ministro del Interior, Berezowski. El partido de Mikolajczyk, que es el campesino, apoya al nuevo Gobierno, aunque sin formar parte de él. Para defender la integridad del territorio polaco, Arciszewki y su equipo, en el que está como ministro de Asuntos Exteriores Adan Tarnowski, diplomático, invocan la Carta del Atlántico. La situación varía muy poco, y con la Carta o sin la Carta del Atlántico las tierras polacas del Este van a ser para Rusia.

LAS BATALLAS NAVALES EN EL PACÍFICO.

Hasta principios del verano de 1945 no terminará la guerra. Así lo cree Churchill, que dijo también en la Cámara de los Comunes: «Nadie sabe hasta cuándo durará la contienda con Alemania, pero menos aún el tiempo que ha de transcurrir entre la derrota del Reich y la del Japón.» El Rey Jorge VI recordó en su discurso del 28 de noviembre la guerra del Pacífico: «Nos proponemos reforzar cuanto antes, y con la amplitud posible, los ejércitos del Reino Unido que luchan contra el Japón al lado de los del «Commonwealt» británico y otros del Imperio y de los de Estados Unidos, China, Holanda y Francia.»

A su vez el jefe laborista, Arturo Greenwood, afirmó: «El mundo no ignora que los miembros de esta Cámara, sean cuales fueren sus opiniones políticas, están resueltos a llegar a la destrucción de las fuerzas niponas.» Remonta la dinastía reinante a seiscientos sesenta y dos años antes de Cristo, y no hay, según los genealogistas, emperador con sangre más remota. ¿Por qué el jefe laborista quiere abatir un árbol que ha cumplido dos milenios? Dejará acaso el Imperio del Sol Naciente en manos de sus enemigos las posesiones de Holanda y las Islas Filipinas. Dejará, si el sino le es muy adverso, posesiones propias como la Sakhalina del Sur, Corea o Formosa, y aun territorios como Hokkaido y las Kuriles. Pero del ser

nacional, ni el Japón ni pueblo alguno con vejez de siglos se desprende. Muy cerca de las Filipinas se ha reñido una batalla naval de las mayores que se conocen. Soldados de Norteamérica reconquistan, entre otras tierras, las de Leyte y Samar. Será más dura la entrada en las islas grandes Mindanao y Luzón. De los 300.000 kilómetros cuadrados del archipiélago, 105.000 corresponden a Luzón y más de 95.000 a Mindanao. La batalla naval, con todo, prologa en los anales de esta guerra el dominio de las islas. Se hablará mucho tiempo de la acción concertada de la tercera escuadra y de la séptima de los Estados Unidos, mandadas por el almirante Halsey y el vicealmirante Kinkald. Se agregó, por cierto, a la séptima la Escuadrilla Australiana, cuyo navío insignia fué averiado durante el bombardeo de Leyte. El comodoro Collins, que la mandaba, se comportó bravamente en la refriega, no sin proclamar la bravura del enemigo. Combatir es otorgar, y quien lo enseña baja la cortesía de la frente al corazón como en el tiempo en que la guerra codificaba aún, en reglas de oro, el comportamiento militar, que es un ejercicio de la honra. De las tres escuadras niponas que separadamente participaron en la batalla, una procedía de Singapur, que está a tres días de navegación desde el estrecho de Balakar, que se abre al mar Zulú. Los datos que nos llegan no gradúan con precisión la derrota de estas tres escuadras japonesas. No hemos comprobado si efectivamente son cincuenta y ocho las unidades hundidas o averiadas. Tokio niega, desde luego; pero Wáshington no baja ni en las referencias oficiales esta cifra. Compara además el contratiempo japonés del Pacífico con el de Jutlandia para los alemanes durante la Gran Guerra. Las pérdidas de la Flota de Alta Mar no fueron entonces tan cuantiosas como las de la Marina japonesa ahora en el Pacífico. Se debate la superioridad de la escuadra norteamericana que ha vencido a la japonesa cerca de Filipinas. Se habla mucho de las artillerías de la una y de la otra y del espesor de los blindajes. Justamente este tema fué muy tratado por el vizconde Jellicoe de Scapa, comandante en jefe de la Gran Flota, en su libro *La Gran Fleet: su creación, su desarrollo y su obra*. Todos hemos leído este volumen en la «Colección de Memorias, Estudios y Documentos para servir a la Histo-

ria de la Guerra mundial». Los capítulos XII, XIII y XIV de *La Gran Fleet* están consagrados a la batalla de Jutlandia que riñeron el 31 de mayo de 1916 la «Gran Flota» y la «Flota de Alta Mar». El tema que se debate estos días preocupa al vizeconde Jellicoe de Scapa, que lo elucida en las primeras páginas de su admirable relato. «He estudiado con frecuencia — escribe el almirante — el valor relativo del armamento y de la protección. Es también un asunto de discusión frecuente entre los escritores marítimos, y algunos llegan hasta a sostener que todo el peso disponible debe ser consagrado a la artillería y que los navíos no deben poseer acorazamiento. Esta consideración está fundada en el principio siguiente: «La mejor defensa es una poderosa ofensiva». Aunque este argumento sea tan exacto en estrategia, la guerra ha demostrado que es un error aplicarlo al material. La pérdida del *Good Hope*, del *Monmouth*, del *Queen Mary*, del *Indefatigable*, del *Invencible*, del *Defence* y del *Warrior* y las observaciones hechas sobre el particular han persuadido a los oficiales embarcados que los barcos con una protección insuficiente no pueden luchar contra navíos mejor protegidos, aunque menos armados.»

Veintiocho años después de Jutlandia los marinos debaten el tema que Jellicoe estudia en el primero de sus tres capítulos sobre la gran batalla. Por su parte, hace días MacArthur en un comunicado dió por concluída la campaña de Leyte-Samar. ¿Prematuramente? Sí, pero sin sombra de desdén para el esfuerzo nipón. El ministro de la Guerra del Gobierno de Wáshington acaba de informar que el ejército japonés cuenta en el momento presente con cuatro millones de hombres, de los que dos están en China. Desde 1937, según el ministro, el total de los muertos japoneses es de ochocientos cincuenta mil, pero están muy lejos de agotarse sus reservas bélicas. Puede el Imperio del Sol Naciente equipar y armar todavía otro ejército de dos millones de soldados. Desde el rompimiento de las hostilidades ha perdido el Gobierno de Tokio trece hombres por cada uno de los que ha perdido el Gobierno de Wáshington. Reconoce, sin embargo, el ministro de la Guerra que el combatiente nipón puede medirse con el norteamericano en todo menos en iniciativa individual.

En la prensa de Tokio se ha recordado que Tomoyuki Yamashita, a quien su pueblo le debe la toma de Singapur y la conquista de la Malasia británica, guardó silencio después de sus victorias. Más que un héroe, Tomoyuki Yamashita es el caudillo que domina la ciencia militar como domina la del mando; ciencias las dos, además, de artes, para las que se posee o no se posee el don que es gratuito y presupone el privilegio, aunque haya después que configurarlo con el estudio y con la experiencia. César, o Alejandro, o Gran Capitán, o Turena, o Federico el Grande, o Napoleón, se nace. Luego estos conductores de ejércitos necesitan el saber que se adquiere en libros y en campañas; pero lo que importa y lo que les da nimbo legendario y estela es, como aquí decimos, lo que les cae del cielo.

Hubo un tiempo en el que en el Japón coexistían cuatro clases. En la primera formaban los daimíos, en quienes delegó el sahaгүйn altas funciones de Estado, y los samurais, a los que el fuero de casta concedía el uso de dos sables. En la segunda clase entraban los agricultores, que eran a veces soldados, aunque en ningún Virgilio japonés ni en los autores de la *Compilación de los veintiún reinos*, o del *Kokiu Shiu* de Taurayuki, o en el *Lista de los Cien* de Teka, encontremos la imagen que hoy nos gusta tanto: «el campo rico en héroes y en cosechas». La tercera clase es la de los industriales, aunque pronto los fundadores de riquezas se ennoblecieron como en Europa; y la cuarta, la de los mercaderes.

Un samurai recibía recompensa de los daimíos o del sahaгүйn; pero no por eso es comparable a un lanquenc, a un condotiero o a un reitre de nuestro mundo occidental. Un código de honor, severo, rige la conducta de los samurais, que es caballerosa o no lo es, y si no lo es obliga a la autodegradación o al «harakiri».

El ministro de la Guerra de Wáshington, al reconocer las virtudes del combatiente nipón, alecciona a no pocos.

La batalla naval que se ha reñido cerca de las Filipinas será comparable a la de Jutlandia de mayo de 1916. A otras, empero, no menos duras se preparan vencedores y vencidos.

LA DIRECCIÓN GENERAL DE AMÉRICA.

La Dirección general de América que el ministro de Asuntos Exteriores, D. José Félix de Lequerica, ha creado añade interés y, desde luego, justeza al diálogo familiar entre España y las naciones del Nuevo Mundo.

Se ha nombrado jefe del Departamento a D. Alvaro Seminario, y esta elección nos contenta asimismo. Concurren en el director general, aparte de los talentos para la negociación y del dominio de la carrera, siempre varia, dones de escritor muy avezado a observar y a estudiar.

El libro de D. Alvaro Seminario *España y Portugal*, por ejemplo, es de los mejores que sobre el tema hayan visto la estampa entre nosotros. Es obra que se relee con gran complacencia, pero además se consulta para esclarecer la propia información o el propio juicio. Escribe el Sr. Seminario sobre las ciudades de Portugal —Viana do Castello o Thomar, Coimbra o Beja, Aljubarrota o El Algarbe—, sobre el sebastianismo, sobre el Tratado de Tordesillas o sobre la influencia que ejercieron en la historia de la nación vecina mujeres españolas, como Doña Dulce, hija de Don Ramiro de Aragón, casada con Sancho I, a quien el conde de Sabugosa, contra el parecer de Herculano, reivindicó, o Doña Beatriz, esposa de Alfonso III, hija de nuestro Rey Sabio y de Doña Mayor Guillén de Guzmán, o Doña Isabel, la de Don Diniz, o Doña Inés de Castro y alguna más. Con la misma destreza que estos asuntos que atañen a la historia y a las letras, trata el autor otros que por su alcance político exigen sagacidad polémica a un tiempo que tacto y mesura. Así el capítulo sobre las relaciones diplomáticas entre Portugal e Inglaterra.

Esperamos mucho de la Dirección que el señor ministro de Asuntos Exteriores instituye con visión clarísima de la realidad. A su designio sirven, juntamente con las cualidades del Sr. Seminario, el conocimiento directo que este diplomático posee de América por haber residido en varias de sus Repúblicas. Y pues es así, pongamos ilusión en nuestros parabienes.

PEDRO MOURLANE MICHELENA.